

# **Banquetas: el orden híbrido de las aceras en la Ciudad de México y su área metropolitana**

Guénola Capron  
Jérôme Monnet  
Ruth Pérez López  
(Coordinadores)

Universidad  
Autónoma  
Metropolitana



Casa abierta al tiempo Azcapotzalco

**Universidad Autónoma Metropolitana**

*Rector General*

Dr. José Antonio de los Reyes Heredia

*Secretaria General*

Dra. Norma Rondero López

**Unidad Azcapotzalco**

*Rector*

Dr. Oscar Lozano Carrillo

*Secretaria*

Dra. Yadira Zavala Osorio

**División de Ciencias Sociales y Humanidades**

*Director*

Dr. Jesús Manuel Ramos García

*Secretario Académico*

Lic. Gilberto Mendoza Martínez

*Jefe del Departamento de Sociología*

Mtro. Francisco Javier Rodríguez Piña

*Coordinador de Difusión y Publicaciones*

Dr. César Daniel Alvarado Gutiérrez

Primera edición, 2022

© **Universidad Autónoma Metropolitana**

Unidad Azcapotzalco

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación de Difusión y Publicaciones

Av. San Pablo 180, Edif. E, Salón 004, Col. Reynosa Tamaulipas,

Del. Azcapotzalco, C.P. 02200,

Ciudad de México, Tel. 53189109

[www.publicacionesdcsh.azc.uam.mx](http://www.publicacionesdcsh.azc.uam.mx)

ISBN de la obra **digital: 978-607-28-2717-2**

Se prohíbe la reproducción por cualquier medio sin el consentimiento del titular de los derechos patrimoniales de la obra.

Impreso en México / Printed in Mexico

# Contenido

|   |    |
|---|----|
| <i>In memoriam</i> . A Angela, la autora omnipresente . . . . . | 11 |
| Prefacio . . . . .  | 13 |
| Introducción. . . . .   | 15 |

## PRIMERA PARTE

### DE LA INFRAESTRUCTURA DE TRÁNSITO PEATONAL AL PALIMPSESTO URBANO

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo 1. Construcción digital de banquetas: la experiencia de un atlas<br><i>Salomón González</i><br><i>Laura E. Quiroz</i><br><i>Nora A. Morales</i><br><i>Jerónimo Díaz</i> . . . . . | 45  |
| Capítulo 2. La administración pública de las banquetas: del marco legal a la gestión técnica<br><i>Perla Ernestina Castañeda Archundia</i> . . . . .                                       | 73  |
| Capítulo 3. Trayectorias peatonales: impacto de la morfología de la calle, de los usos dominantes y los obstáculos<br><i>Bismarck Navarro</i> . . . . .                                    | 115 |
| Capítulo 4. La banqueta palimpsesto: huellas materiales y simbólicas de la sucesión de administraciones y usos sociales<br><i>Ana Luisa Diez García</i> . . . . .                          | 143 |

## SEGUNDA PARTE

### ¿EL ESPACIO PÚBLICO POR EXCELENCIA?

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo 5. El papel de la banqueta en la vida social urbana<br><i>Ruth Pérez López</i><br><i>Luz Yasmín Viramontes Fabela</i> . . . . . | 187 |
|--|-----|

|   |     |
|---|-----|
| Capítulo 6. Apropiaciones y patrimonialización de la banqueteta:<br>de lo material a lo simbólico |     |
| <i>María Teresa Esquivel Hernández</i>  |     |
| <i>María Concepción Huarte Trujillo</i> .....   | 215 |

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo 7. El rol de las mujeres en la producción local<br>del orden socioespacial de las banquetetas |     |
| <i>Silvia Carbone</i>  |     |
| <i>Guénola Capron</i>  |     |
| <i>María Teresa Esquivel Hernández</i>   |     |
| <i>María Concepción Huarte Trujillo</i> .....  | 235 |

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo 8. La inseguridad: transgresiones y control social en las banquetetas |     |
| <i>Miguel Ángel Aguilar D.</i> .....   | 275 |

TERCERA PARTE

DEL CENTRO DE LA CIUDAD A SUS FRONTERAS. TIPOS DE ÓRDENES LOCALES

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo 9. Concentración de inversión pública en el Centro Histórico:<br>la transformación de una acera en escenario lúdico-turístico |     |
| <i>Angela Giglia</i>   |     |
| <i>Alejandra Trejo Poo</i> .....   | 319 |

|  |     |
|--|-----|
| Capítulo 10. La banqueteta como escenario de gestión del conflicto local<br>entre vecinos y acomodadores de coches |     |
| <i>Natanael Reséndiz</i> .....   | 353 |

|   |     |
|---|-----|
| Capítulo 11. El dominio corporativo: producción y control de la acera<br>en Santa Fe y el Eje 4 Norte |     |
| <i>Ruth Pérez López</i>   |     |
| <i>Perla Ernestina Castañeda Archundia</i> .....  | 389 |

|   |     |
|---|-----|
| Capítulo 12. La banqueteta fantasma, ausente o inacabada,<br>en los márgenes urbanos de Nezahualcóyotl y Chimalhuacán |     |
| <i>Elind Gálvez Matías</i> .....  | 419 |

CUARTA PARTE

SÍNTESIS FINAL

|   |     |
|---|-----|
| Capítulo 13. La banqueteta, un orden urbano híbrido |     |
| <i>Guénola Capron</i>                               |     |
| <i>Angela Giglia</i>                                |     |
| <i>Jérôme Monnet</i>                                |     |
| <i>Ruth Pérez López</i> .....                       | 469 |

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| Autoras y autores ..... | 545 |
|-------------------------|-----|

## **Capítulo 7. El rol de las mujeres en la producción local del orden socioespacial de las banquetas**

Silvia Carbone  
Guénola Capron  
María Teresa Esquivel Hernández  
María Concepción Huarte Trujillo

En el presente capítulo proponemos una reflexión en torno a la presencia de las mujeres en las aceras de la Zona Metropolitana del Valle de México, con el interés por comprender el papel que ésta desempeña en la producción del orden socioespacial local. Para ello, nos orientamos al estudio de las formas materiales y de las interacciones sociales que acontecen en la banqueta: un artefacto que, más allá de su estatuto jurídicamente público, en tanto umbral entre el ámbito íntimo del hogar y lo exterior, constituye un escenario privilegiado para analizar las interacciones en la ciudad. Si la elección de la banqueta posiciona nuestra observación a partir de un elemento material de carácter liminal; a su vez, el interés por las mujeres radica en que consideramos que ellas tienen una experiencia específica del espacio público y en particular del espacio local.

En la literatura académica sobre estudios urbanos –en particular en la feminista–, las mujeres gozan de un estatus específico, en la medida en que, desde la perspectiva moderna, el espacio urbano se configuró históricamente desde una concepción jerárquica de los géneros. A las mujeres, se le reconoce en general un papel vinculado con el cuidado –de los miembros del hogar, como del entorno material– y lo doméstico, no solo en el hogar, sino también en la calle, sobre todo cerca del domicilio; a la vez sus rutinas en el hogar –el

espacio privado— son determinadas por factores externos, como pueden ser las rutinas laborales.

Bajo estas consideraciones, sostenemos que las mujeres se presentan como un actor cuya presencia cuestiona la dicotomía entre lo público y lo privado, puesto que tanto su experiencia como su actuar transgreden dicha delimitación conceptual. Por otra parte, dado nuestro interés por comprender las interacciones sociales en la banqueta deconstruyendo las miradas dicotómicas, la experiencia que las mujeres tienen del espacio próximo al domicilio, nos permite comprender la naturaleza de las posibles variaciones entre dichos ámbitos.

Por lo anterior, con base en nuestro interés por el orden socioespacial local que se produce y reproduce cotidianamente, recuperamos parte de las reflexiones planteadas por Jacobs (2011 [1961]) en torno a la vida en las calles neoyorquinas. En cambio, para analizar a detalle los matices de estas interacciones nos apoyamos en los planteamientos de Lofland (1998) que, desde este mismo ángulo, para captar la complejidad de las interacciones urbanas, propone observar la relación mutable entre los tres reinos: el privado e íntimo, el vecinal —comunitario— y el ámbito público. Desde este acercamiento, podremos evidenciar las variaciones que dan cuenta de cómo se combinan estos ámbitos en algunos vecindarios de la ciudad: bajo la dominación, la superposición, la contraposición, o la coexistencia. Y, en segundo lugar, comprender la posición de las mujeres en este orden local híbrido.

Nuestra hipótesis es que las mujeres en las banquetas de los contextos analizados participan de la producción de un orden socioespacial local híbrido, en donde reconocemos la combinación de los reinos de lo privado, lo vecinal<sup>1</sup> y lo público. Las mujeres tienen aquí un papel en la transición entre los reinos mencionados, en particular entre el ámbito íntimo y el ámbito vecinal; y en menor medida, entre lo íntimo y lo anónimo de las interacciones públicas.

Tomaremos en cuenta cuatro contextos locales en los que la heterogeneidad refiere tanto a la forma de habitar la metrópolis, así como a la diversidad de banquetas y vecindarios: Santo Domingo en la alcaldía Coyoacán, la colonia

---

<sup>1</sup> Lyn Lofland habla de un reino *parochial* (en inglés), término que no tiene una traducción en español. Decidimos traducir el término por “vecinal”, como el dominio de interconocimiento no solo de los vecinos, sino también de los oficinistas (en el caso de los lugares de oficinas), comerciantes (en el caso de las áreas comerciales), etcétera.

Roma Sur en la alcaldía Cuauhtémoc, ambas en la Ciudad de México; Ciudad Satélite, en el Municipio de Naucalpan y San Martín, en el Municipio de Tepotzotlán, ambos en el Estado de México. Si bien están lejos de cubrir todos los contextos que se presentan en la metrópoli y se apoyan en una selección resultante de nuestros conocimientos, permiten declinar ciertas categorías de análisis como clase media/ popular, pueblo/ barrio/ colonia popular/ fraccionamiento.

Brevemente, recordaremos lo que nos interesa en estas colonias: Santo Domingo, colonia popular conocida en la crónica como la invasión más grande de América Latina (Poniatowska, 2000) a inicios de la década de 1970, es una colonia popular emblemática, hoy consolidada, en cuya producción las mujeres fueron muy activas. La Roma Sur, como colonia del área central con un proceso de gentrificación, tiene muchos servicios y equipamientos (mercado, plazas comerciales, parque, hospitales, escuelas, guarderías, transporte, etc.) que facilitan la vida de las mujeres. Ciudad Satélite es un fraccionamiento residencial de clase media y media alta, donde las mujeres, hoy envejecidas, que se instalaron ahí, asumieron, al inicio de la vida de la colonia, un papel preponderante en la organización de la vida cotidiana de las familias siguiendo una división sexual del trabajo muy arraigada. Finalmente, San Martín Tepotzotlán es el centro urbano del municipio de Tepotzotlán, un pueblo rural en proceso de integración a la metrópoli, catalogado como Pueblo Mágico<sup>2</sup> que atrae turistas los fines de semana, pero tiene mercados y escuelas muy concurridas por las mujeres. Las calles de las colonias estudiadas se caracterizan por tener un ámbito muy vecinal, a pesar de los flujos de gente que transitan por ellas; sobre todo en San Martín Tepotzotlán los fines de semana y en Santo Domingo por la cercanía de la estación del metro, la proximidad de la Universidad Nacional Autónoma de México y la presencia de comercios en vía pública.

En el capítulo, planteamos el marco teórico que sustenta nuestro análisis de las banquetas, como ámbito de la interacción social inserto en distintos

---

<sup>2</sup> Pueblos Mágicos es un programa implementado por la Secretaría de Turismo del Gobierno Federal de la Unión Mexicana, creado en 2001. Consistió en otorgar recursos a un conjunto de poblados seleccionados por su historia y sus atractivos con el fin de protegerlos, conservar su riqueza cultural, valorar sus tradiciones y desarrollar actividades turísticas compatibles con la preservación del patrimonio construido y cultural. En 2019 dejó de recibir presupuesto federal.

reinos (Lofland, 1998, 2009); luego presentaremos lo que caracteriza la experiencia de las mujeres en el espacio público local y trataremos de esclarecer su carácter, tomando en cuenta –bajo el enfoque del habitar– la articulación entre las prácticas y las representaciones en el marco de las rutinas cotidianas. Finalmente, destacaremos el rol de las mujeres en la articulación y modalidades de la transición entre los reinos íntimo, vecinal y público, en los distintos contextos metropolitanos.

Para esta artículo, recurrimos a los resultados de la encuesta (n = 500), a la observación etnográfica y a las entrevistas aplicadas en las diferentes áreas de estudio.

#### LA VIDA COTIDIANA EN LOS VECINDARIOS DE LA METRÓPOLIS Y LA PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EN LA PRODUCCIÓN DE UN ORDEN LOCAL

Si bien se ha dicho mucho sobre la producción de órdenes locales, en particular en el contexto de la Ciudad de México (Duhau & Giglia, 2008) y sobre la vida cotidiana de las mujeres (Salazar, 1999; Soto Villagrán, 2013, 2016), poco se ha escrito sobre cómo éstas, en sus rutinas, producen los órdenes locales subyacentes a las banquetas.

##### *Las banquetas como escenarios de interacción*

Las banquetas de las calles de nuestras ciudades, con sus distintos escenarios de interacción, representan un ámbito privilegiado para analizar la producción de lo urbano. Como también señaló Jacobs (2011 [1967]), como si fuera una figura metonímica, a menudo recordamos las calles para pensar la ciudad: visualizamos una calle, o una plaza, para representarnos la vida social de una ciudad específica. Pese a su aparente trivialidad, en las calles, en sus arroyos y banquetas, observamos la vida urbana en el momento mismo en que acontece, centrando la atención en cómo –gracias a un conjunto de microacciones– los actores presentes en este escenario construyen su orden local.

En las reflexiones sobre el vínculo que hace posible la coexistencia en la ciudad, ha sido la sociabilidad urbana (Staples, 2008; Pérez Toledo, 2011), así como la hemos heredado de la ciudad moderna occidental, la herramienta

conceptual que, desde la sociología ayuda a esclarecer la naturaleza que estas interacciones asumen en la ciudad. Podemos referirnos a la sociabilidad urbana como el conjunto de las formas que, en el medio urbano, ha asumido históricamente la disposición que tiene el ser humano para entablar algún tipo de relación social (Gallino, 1993), en tanto actitud común que nos permite habitar la ciudad (lugar de encuentro de personas en buena medida desconocidas).

La sociabilidad urbana representa tanto un requisito como una consecuencia de las condiciones específicas de este asentamiento. Se relaciona con un conjunto de aptitudes que van de los buenos modales –urbanidad– al ejercicio de la tolerancia hacia los demás –civilidad–, a la conciencia y asunción de deberes y derechos –ciudadanía– (Giglia, 2012: 51). Y entre sus expresiones más significativas encontramos la actitud de desatención cortés (Simmel, 1986<sup>3</sup>; Goffman, 1973), como un juego complejo e implícito de gestión de las cercanías y distanciamientos, que nos permite sentirnos cómodos a pesar de estar en un entorno fluctuante, en el que se articulan la libertad del anonimato con la incertidumbre de lo desconocido. Ahora bien, la ciudad es un contexto propicio para el intercambio social y cultural, un *modus vivendi* que tiene un piso común y permite que estas configuraciones locales interactúen siempre con lo urbano en general.

Sin embargo, en las rutinas que caracterizan nuestra cotidianidad y que en buena medida se desarrollan en el entorno próximo, no utilizamos tan solo este registro de relaciones fluidas típicas del contexto urbano, sino que empleamos ciertas modulaciones entre la experiencia íntima del hogar y del espacio público, caracterizado por los flujos y el anonimato. Si en las grandes ciudades contemporáneas encontramos espacios diversificados, no sólo por sus cualidades materiales, sino por la vivencia de lo urbano que las y los ciudadanos podemos experimentar en primera persona, nos preguntamos acerca de la lógica y las modalidades de estas interacciones.

---

<sup>3</sup> Se trataría de una forma de interacción que, para Simmel, refiere a una estrategia para enfrentarse a la realidad fragmentaria, fugaz y racionalizada de las grandes ciudades.

Al asomarnos a la observación de la vida cotidiana en los espacios concretos de la ciudad, comprendemos que más que relaciones binarias que articulan lo público con lo privado, nos encontramos frente a un entramado heterogéneo de interacciones, donde las dicotomías se difuminan para develar configuraciones graduadas y borrosas (Monnet, 2009; 2011). En el fondo de estas consideraciones, percibimos puntos de convergencia con los planteamientos de Lofland (1998, 2009), quien propone tres diferentes ámbitos (“reinos”) de interacción para analizar la producción del orden socioespacial característico de lo urbano. Esta autora argumenta que mientras en la aldea o el pueblo reconocemos el ámbito íntimo, así como el comunitario –o vecinal–; en la gran ciudad podemos experimentar no solo el ámbito íntimo o el vecinal, sino el público. En este orden de ideas, propone el reino de lo privado como el ámbito de relaciones íntimas, que se desempeñan en el círculo restringido de conocidos. El ámbito vecinal, en cambio, se caracteriza por relaciones de tipo comunitario entre conocidos o reconocidos, cuyo desenvolvimiento acontece en un entorno cercano, con vínculos más débiles que en la esfera íntima. Finalmente, el reino de lo público es exclusivo de la ciudad: es el ámbito de relaciones que no son privadas, donde experimentamos un entorno de interacciones en copresencia y que, sin embargo, no se dan entre conocidos, sino entre individuos que son desconocidos, desde dos perspectivas: porque son personalmente-biográficamente desconocidos, o porque nos resultan foráneos desde un marco sociocultural (Lofland, 2009). Aquí predomina la ya mencionada “desatención cortés” (Goffman, 1973). Lyn Lofland destaca que existe un *continuum* entre los ámbitos público, vecinal e íntimo y que existen formas híbridas o no puras de ámbitos (Lofland, 1998). En nuestra opinión, la banqueta es un espacio donde se hibridan estas formas.

Cuando analizamos la vida de las calles, observamos una delicada articulación entre lo social y las cualidades materiales de los elementos urbanos que caracterizan nuestra cotidianidad. En su momento, Jacobs (2011 [1961]) dedica páginas al relieve de esta convergencia de factores tanto sociales como materiales: detallando la relación entre las dimensiones de las manzanas, el equipamiento de la calle, la combinación de funciones, usos y horarios; la

vigilancia, así como las prácticas de apropiación de los habitantes que son orientadas a lograr entornos urbanos amigables, incluyentes y seguros.

Por un lado, coincidimos con la insistencia de Jacobs sobre la orquestación de la vida social, del contacto con la heterogeneidad de personas, usos, funciones y horarios, su apreciación de los saberes que los habitantes son capaces de desarrollar desde su experiencia cotidiana. Por otra parte, sus observaciones sobre la calle equipada y la vigilancia de los vecinos alimentan nuestra reflexión en torno a una problemática cada vez más actual, la inseguridad que acompaña la vida en la metrópolis.

Ahora bien, la narrativa cotidiana de Jacobs ahonda seguramente en una percepción femenina del espacio local, pese a ello, la autora no se centra en el papel de las mujeres en esta producción colectiva que es la ciudad. Por otro lado, Lofland tampoco se adentra en la observación de las mujeres y su participación en la producción de las modulaciones entre los distintos ámbitos que caracterizan la vida en los contextos metropolitanos. En cambio, en el ejercicio que proponemos, interesa valorar precisamente esta experiencia de las mujeres en las banquetas, en orden a esclarecer los alcances de su participación.

### *Las mujeres y la distinción entre público y privado*

Las mujeres tienen una experiencia específica del espacio público. Si bien su presencia y visibilidad han variado a lo largo de la historia de la ciudad, en buena parte como legado de la perspectiva feminista, el tipo ideal del espacio público de la ciudad moderna toma forma en torno a una estructuración del espacio urbano por sexo, caracterizada por lógicas patriarcales<sup>4</sup>, a las cuales también sería importante articular no solo el género, sino otras variables que se articulan con esta categoría, como la edad, etnia, religión y contexto socioeconómico (Walbi, 1990), en las cuales, sin embargo, no nos adentraremos.

El espacio público de la ciudad moderna se constituye desde la mirada del ciudadano, lo que desde la perspectiva de género implica un conjunto de supuestos sobre su naturaleza, que en principio se presentó como neutral e

---

<sup>4</sup> Soto Villagrán (2014) propone en particular tres lógicas; una de ellas, la construcción de geografías dicotómicas: público-privado, ciudad-suburbio, trabajo-hogar, reproductivo-productivo, mente-cuerpo.

incluyente. El ámbito público es el espacio de la elaboración política, en el que los asuntos de interés público se dirimen por medio de la racionalidad de la argumentación (Fraser, 2015), y el trabajo es visible y remunerado.

En cambio, el ámbito privado, lugar naturalizado de las mujeres, se empalma con lo doméstico, las relaciones familiares, los afectos y emociones que son ocultas a la mirada pública, así como con el trabajo no remunerado (Soto Villagrán, 2014; Mc Dowell, 1999; Fernández Ruiz, 2008).

Con base en estas premisas, traducidas ahora al espacio urbano, la perspectiva de género crítica la mirada homogeneizadora hacia los sujetos que están en el espacio público-y no solo hacia la mujer. Argumenta que, si bien la visión idealtípica lo presenta como un ámbito integrador, éste es más bien un espacio que invisibiliza y excluye a los sujetos que no caben en la categoría del ciudadano, individuo, hombre, adulto y trabajador/proveedor (Fraser, 1990). Lo anterior explica por qué la figura de las mujeres en la calle –concebida como espacio público– es vista a menudo como disruptiva (Delgado, 2007), en la medida en que en principio no se acopla a la mirada hegemónica de carácter patriarcal. Por otro lado, la asignación de género del ámbito privilegiado de las mujeres las ubica en el espacio privado, estableciendo una relación directa con el doméstico que corresponde al espacio del hogar, donde ellas realizan las actividades orientadas al cuidado de sus miembros. Al respecto hay que evidenciar que, si bien la progresiva inserción en el mundo laboral de la mujer permite hoy en día poner a discusión la objetivación de estas asignaciones, en cambio sus representaciones, aunque tienen menos impacto que antes, siguen presentes en nuestra vida social.

Por otra parte, precisamente estos cuidados, que no se limitan al espacio del hogar, implican para la mujer la continuidad de su experiencia cotidiana, que transgrede la distinción entre público y privado. Es por ello por lo que consideramos importante analizar el comportamiento de las mujeres, ya que su experiencia, si bien no se limita a ello, refiere a un conjunto de prácticas rutinarias volcadas a la reproducción cotidiana de un orden que es necesariamente vinculado con lo íntimo, y que nos interesa enfocar desde el concepto de habitar.

## *Habitar la banqueta*

El concepto de habitar refiere al establecimiento de una relación entre el ser y el mundo, a la necesidad de fijar las referencias ordenadoras del ámbito en que se sitúa el sujeto, ya sea este individual o colectivo. Se trata de un proceso por medio del cual la cultura se manifiesta en el espacio y, por lo tanto, no es unívoco, sino plural: como proceso cultural e histórico, se enmarca siempre en un espacio y un tiempo (Giglia, 2012).

Si bien es posible aproximar el habitar desde múltiples ángulos: destacando el vínculo entre el sujeto y la imagen de la casa, como metáfora del abrigo y el amparo (Bachelard, 1967; Giglia, 2012); enfocándolo como proceso por medio del cual el sujeto se hace presente en un espacio y tiempo específicos, y está localizado (Radokowsky, parafraseado por Giglia, 2012). En este ejercicio consideramos que el habitar enriquece la comprensión de la experiencia y el papel de la mujer en la banqueta, principalmente porque se vincula con la producción y reproducción de un orden socioespacial. En la medida en que se declina en prácticas, apropiaciones y representaciones que los actores ponen en juego, alude a cierta familiaridad y a la costumbre, como parece indicar su misma raíz etimológica. Esta repetición de prácticas nos induce a pensar en los ritmos que marcan nuestra cotidianidad (Lefebvre, 2017 [1968]).

Desde este ángulo, podemos pensar estas prácticas como acciones que, al repetirse, aseguran cierta continuidad en nuestra existencia; e inversamente, también podemos pensar que dan cuenta de la constante confrontación y adaptación a los pequeños cambios y variaciones cotidianas. De hecho, la misma reproducción social tampoco abona a la mera repetición de lo mismo, sino que, en nuestra cotidianidad y rutinas, también acoge a la alteridad: que puede ser disruptiva –una ruptura– o presentarse bajo pequeñas alteraciones que implican re-acomodamientos y/o negociaciones. De esta forma las prácticas del habitar dan cabida a la experiencia de la discontinuidad y la heterogeneidad y, bajo este acercamiento, proponemos recuperar una lectura que contemple el reconocimiento de prácticas (y ritmos) en el marco de un orden socioespacial donde no necesariamente se empalman, pero coexisten.

Así, en la medida en que refiere a los ritmos (articulando tiempo y espacio desde una mirada discreta) y sus variaciones, aquí consideramos que mirar a la mujer que habita la banqueta, al contemplar la pluralidad de habitares y

ritmos, nos permite mirar los matices entre los distintos ámbitos propuestos por Lofland.

#### MUJERES QUE HABITAN LAS BANQUETAS: UNA LECTURA DEL DIÁLOGO DE EXPERIENCIAS EN DISTINTOS CONTEXTOS METROPOLITANOS

En los casos que presentamos, los tres órdenes —íntimo, vecinal y público— se imponen de manera diferenciada, como lo vamos a ver a través de la manera en la que las mujeres habitan las banquetas y producen el orden local. Quizás podamos encontrar unas primeras pistas en las atribuciones públicas, comunitarias o privadas, que dan las mujeres a las aceras.

En Santo Domingo, donde los vecinos y las vecinas participaron en la construcción de la banqueta, reconocemos prácticas de apropiación social muy marcadas: así la mayoría de los hombres y mujeres encuestados (el 47.7% de los hombres y 38.4% de las mujeres) consideran que la banqueta es de todos, ya sea como peatones y ciudadanos. Pero las mujeres opinan en una proporción elevada (26.9%) que la banqueta es de los colonos, proporción un poco menor que en Ciudad Satélite, donde los pobladores originarios también jugaron un papel importante en la vida social y en la obtención de servicios. En San Martín Tepotzotlán, centro urbano y turístico con un ámbito público muy presente, donde a su vez conviven muchas familias oriundas que se reconocen entre sí, es relativamente baja la proporción de los encuestados que considera la banqueta como propiedad de la autoridad (35%). Diversamente, en Roma Sur y Satélite, son más las mujeres que afirman que la banqueta es de la autoridad (62.5% y 46.8%, respectivamente), con una diferencia marcada de alrededor de 10% y 20%, entre hombres y mujeres.

Ahora, vamos a estudiar si existe alguna coincidencia entre estas representaciones y la experiencia que tienen las mujeres de las aceras. Los principales aspectos que marcan la experiencia de las mujeres en las banquetas de las colonias estudiadas surgen de los datos empíricos. Se relacionan principalmente con la inseguridad, en particular personal, pero también vial, y con el cuidado, tarea tradicionalmente delegada a las mujeres en el espacio privado que, sin embargo, incluye actividades en el espacio público, normalmente barrial,

como acompañar a una persona o ir de compras, ambas tareas que realizan más las mujeres que los hombres.

### *Seguridad personal*

No solo el entorno material y social de la ciudad de Nueva York analizado por Jacobs (2011 [1961]) es muy distinto del entorno de la Ciudad de México, el contexto en el cual transcurren los hechos no se asemeja en nada: mientras la calle que describe Jacobs es una calle bastante segura, la calle mexicana es sumamente insegura, aunque con variaciones. Si bien algunos datos se pueden comparar (por ejemplo, el papel de los “ojos en la calle”, como son los vecinos en las calles residenciales o los comerciantes), muchas de las observaciones de Jacobs no aplican para la Ciudad de México donde el crimen impera. En particular, las mujeres son víctimas de la violencia homicida de los hombres, lo que no ocurre a este nivel en las ciudades de Estados Unidos<sup>5</sup>.

El Estado de México es uno de los estados federativos donde más feminicidios ocurren en el país. Si bien gran parte de los feminicidios ocurren en la esfera íntima (por conocidos, sobre todo la pareja), llama la atención que las mujeres parecieran desaparecer en el espacio público. Por ejemplo, el llamado “corredor de la trata de personas” situado en varios municipios del norte de la ZMVM, a los costados de las autopistas México-Pachuca y México-Querétaro implicó numerosas desapariciones. En América Latina, al respecto, Falú habla de un *continuum* entre la violencia en los lugares privados y las violencias en el espacio público (Falú, 2014), incluyendo el acoso sexual. En el país, la Ciudad de México es el lugar donde hay más mujeres agredidas sexualmente en el espacio público (6 de 10 en 2016, según datos de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares levantada por INEGI).

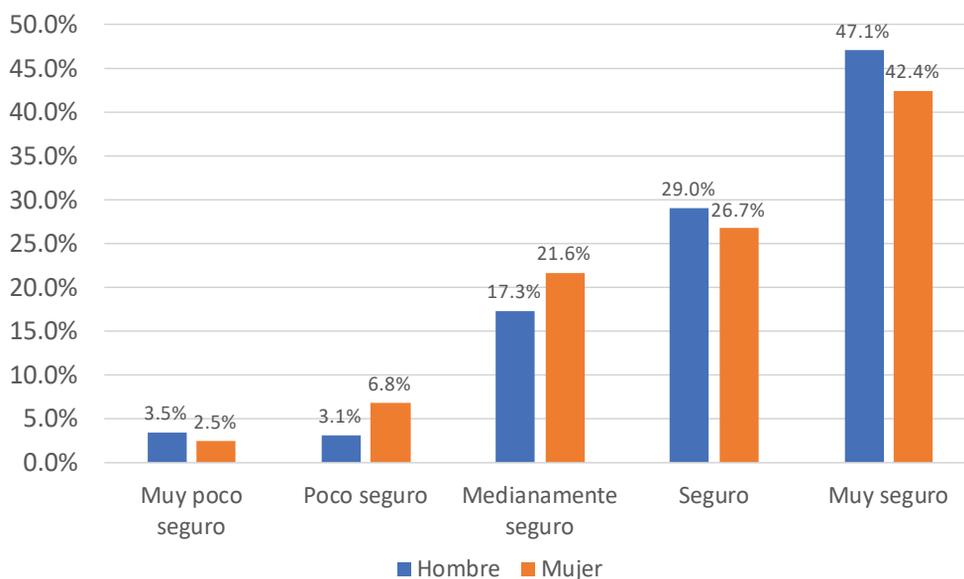
Como lo destaca la literatura, sea lo que sea el contexto, las mujeres son más temerosas en el espacio público que los hombres, porque se sienten más vulnerables y temen más a la violencia sexual de la cual son más víctimas que

---

<sup>5</sup> En México, según datos oficiales de la Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana, en 2019, fueron registrados 976 feminicidios para una población total de aproximadamente 125 millones de habitantes, pero las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) estiman la cifra al triple por las múltiples desapariciones. En Estados Unidos, el *Violence Policy Center* da la cifra de 1948 feminicidios, en 2017, para una población de 325 millones de habitantes.

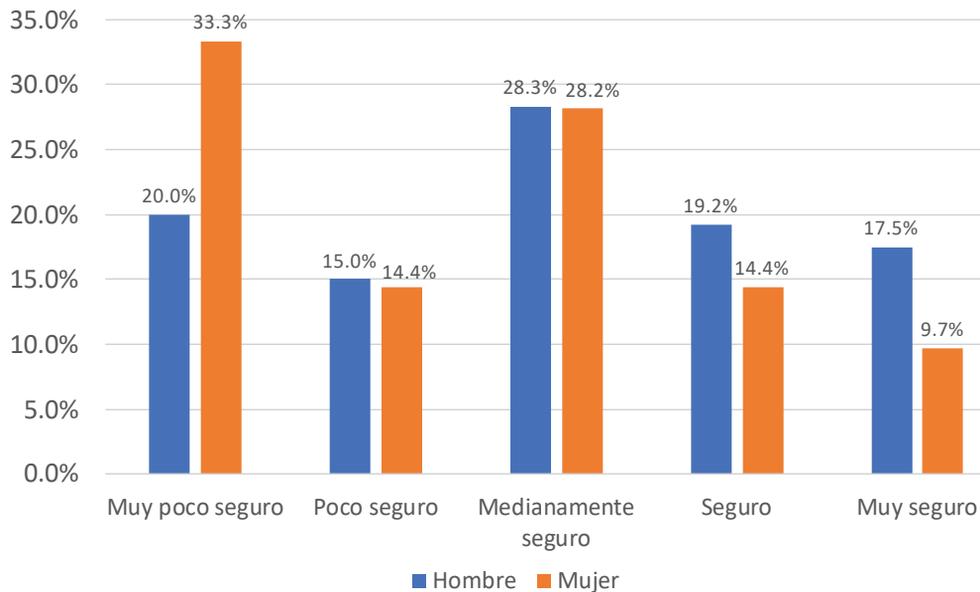
los hombres (Bondi, 1999; Valentine, 1989; Dammert, 2007). Los lugares que temen más son los espacios abiertos desiertos como los parques o los canales y los espacios cerrados con un número limitado de accesos y salidas como el metro o los estacionamientos cubiertos, pero sobre todo los espacios caracterizados por una sobrerrepresentación y un orden masculino donde los comportamientos de los hombres son menos previsibles (Valentine, 1990). De noche, sobre todo, las mujeres encuestadas son mucho más temerosas al circular por las banquetas, cuando hay poca diferencia entre hombres y mujeres de día (figuras 7.1 y 7.2). Este temor las lleva a limitar sus prácticas en el espacio público, lo que, según Valentine (1989), Koskela y Pain (2000) es una clara expresión del patriarcado. En este sentido, hay que considerar que, si bien una reorganización del espacio público pueda disminuir el temor de las mujeres, como lo pretende la teoría de la prevención del crimen, se trata de un pensamiento simplista que obvia que el temor de las mujeres está anclado en las relaciones de poder (Koskela y Pain, 2000).

**Figura 7.1.** ¿Qué tan seguro(a) se siente al caminar por esta banqueta de día?



**Fuente:** Ruth Pérez López, con base en la encuesta aplicada a 500 peatones.

**Figura 7.2.** ¿Qué tan seguro(a) se siente al caminar por esta banqueta de noche?



**Fuente:** Ruth Pérez López, con base en la encuesta aplicada a 500 peatones.

En la colonia Roma Sur<sup>6</sup>, en San Martín Tepetzotlán y en Ciudad Satélite, las banquetas son mucho más seguras que en otras colonias de la ciudad, a pesar del aumento de la delincuencia que han hecho que, por ejemplo, en Ciudad Satélite, las calles se hayan cerrado con plumas y vigilancia privada. Las agresiones y violencia sexual hacia las mujeres son menos frecuentes que en otras partes de la ciudad. Si tomamos el caso de la colonia Roma Sur, según información de la Agencia Digital de Innovación Pública en 2019, son sobre todo miradas morbosas o piropos ofensivos, lejos de la violencia feminicida

<sup>6</sup> A escala de la alcaldía de Cuauhtémoc, los principales delitos mencionados por los encuestados en la ENVIPE 2019 son el consumo de alcohol y droga en la calle y los asaltos a transeúntes, hombres y mujeres (Maya, 2020). Los vecinos de la pequeña calle residencial, objeto del estudio, se quejan sobre todo de robos de autopartes y un poco de robos a casa-habitación (la información de la alcaldía Cuauhtémoc, aunque obviamente subvaluada, también menciona los robos a transeúntes). El robo a locales comerciales no es menor en esta zona del Área Central. Hubo el caso sonado del asalto al Cine Tonalá en la calle epónima en 2017. Los clientes fueron despojados por hombres armados de todas sus pertenencias de valor. Los clientes de la pizzería de la calle residencial también fueron víctimas de robos a los clientes siguiendo el mismo *modus operandi* que en el Cine Tonalá.

desatada en otras partes de la ciudad, y en particular en el Estado de México. De hecho es una colonia bastante amigable para las mujeres<sup>7</sup>.

En una encuesta a 65 mujeres residentes de la colonia Roma Sur (Maya, 2020), las calles son evaluadas como inseguras por el 41% de ellas, cuando según datos de la ENVIPE (aunque con metodologías distintas), un 80% de las mujeres de la alcaldía Cuauhtémoc las perciben como inseguras (Maya, 2020). Sin embargo, muchas mujeres sienten temor y han renunciado a actividades como salir de noche (79% de ellas) o salir muy temprano (57%) y, en efecto, el 62% de ellas evitan estar solas en las calles cuando no hay luz natural. La mitad piensa en la ruta más segura, sobre todo iluminada, para llegar a su destino, o avisa a alguien cuando sale. Por ejemplo, en la pequeña calle residencial estudiada en la colonia Roma Sur, una mujer joven, madre de dos niños en edad escolar, dice sentir temor cuando sale de su casa y no deja a sus hijos alejarse solos del domicilio. Otra, de edad madura, recuerda que una vez la asustaron fuera de su casa, como queriéndole robar, y sintió mucho miedo. El sentimiento de inseguridad de las mujeres, construido a partir de las representaciones sociales que circulan en los medios de comunicación y en las redes, tiene un papel performativo, provocando que reduzcan sus salidas a la calle, sobre todo de noche.

Es probable que la exposición a las noticias impactantes de feminicidios en medios de comunicación afecte psicológicamente tanto a las mujeres de la colonia Roma Sur como de San Martín Tepetzotlán y Ciudad Satélite, así como otras colonias de la ciudad, aun si las banquetas de la colonia son mucho más tranquilas. En estas colonias, el hecho que la situación de la seguridad vaya empeorando (aunque no dramáticamente) provoca que muchos residentes, hombres y mujeres, se sientan poco seguros al caminar. Por ejemplo, en la encuesta que se aplicó en 2018, solo el 16% de los encuestados de la Roma Sur, tanto hombres como mujeres, consideraron las banquetas de la colonia como inseguras o muy inseguras. Sin embargo, esta percepción es más presente en las mujeres que los hombres en una diferencia porcentual de 10 puntos.

---

<sup>7</sup> Su localización central les permite trabajar cerca de su casa, si lo necesitan (Maya, 2020). Hay un parque, aunque mal mantenido y apropiado por grupos de hombres. Según los resultados de una encuesta a 65 mujeres residentes en la colonia Roma Sur es, a la vez, el lugar preferido y más evitado porque es temido y considerado como inseguro.

La diferencia sobre percepción de seguridad en la noche es obviamente mucho más marcada que en el día, cuando no hay tanta diferencia entre hombres y mujeres. En Ciudad Satélite, el 85% de las mujeres habitantes de Satélite se sienten de medianamente seguras a muy seguras para caminar por las banquetas de día, y en la noche son menos que en las otras colonias en sentirse inseguras o muy inseguras (el 58%), el nivel más alto de inseguridad siendo en San Martín Tepetzotlán, donde el 80% de las mujeres se sienten mucho más inseguras en las banquetas del centro que los hombres (62%). Como lo destaca Valentine (1989), las mujeres son mucho más sensibles que los hombres a la mala iluminación: solo el 25% de ellas *versus* el 40.9% para los hombres, la consideran buena o excelente, cuando el 45% la consideran mala o pésima, *versus* el 36.4% para los hombres.

En Santo Domingo, los colonos y fundadores consideran que los problemas de seguridad han mejorado desde su fundación, en buena medida debido a la estabilización socioeconómica de sus habitantes<sup>8</sup>. Lo anterior nos permite comprender cómo, en la colonia popular, la seguridad y el cuidado mutuos han constituido el fundamento de un tejido común desde donde construir lo vecinal; pero aquí con un matiz específico, ya que la inseguridad en la colonia, fundada a partir de una invasión, implica otro conjunto de vulnerabilidades, a las cuales las mujeres de esta colonia se han enfrentado<sup>9</sup>.

En Santo Domingo, las entrevistas realizadas ponen en evidencia la importancia de la iluminación en la percepción de la vulnerabilidad de las mujeres (figura 7.3). A 50 años de su fundación, para Santo Domingo pervive

---

<sup>8</sup> No obstante, la presencia en el campus de la UNAM del cartel de Tláhuac es una fuente de preocupación. En una de las muchas reuniones sobre seguridad que la población ha organizado de forma espontánea y de la que participamos, algunos jóvenes evidencian cómo la misma red de narcome-nudeo ha cambiado, pues con la entrada del cartel, la red de vendedores a menudo ya no se apoya en los vecinos –por ende conocidos–, al tiempo que se observa un aumento de las armas de fuego que parecen haber sustituido las armas blancas. Sobre la presencia de los carteles en la colonia, véase: <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/sociedad/2017/06/23/opera-en-unam-celula-del-cartel-de-flahuac-pgr>.

<sup>9</sup> Desde la necesidad de cuidar el predio –que pudiera ser ocupado por otra familia– al temor de los desalojos de la policía, de las agresiones de los comuneros –propietarios originarios del pedregal– y de la delincuencia en general; hasta la vulnerabilidad derivada de la morfología del pedregal, accidentado y poblado por animales salvajes; o de la necesidad de caminar las veredas del pedregal para traer el agua al hogar. Las mujeres que han fundado esta colonia perciben su vulnerabilidad en la banqueta a partir de esta experiencias y memoria del espacio próximo y de la propia posición en el mismo.

el estigma de que sea uno de los lugares más inseguros de la metrópolis. Pese a ello, la percepción de los habitantes, tanto hombres como mujeres, es un tanto distinta, puesto que no consideran este asentamiento particularmente peligroso con respecto a otros. Sin embargo, las condiciones materiales de las banquetas –fragmentadas y realizadas con materiales heterogéneos– tienen consecuencia en el uso y apropiación de las banquetas, así los peatones, hombres y mujeres, al caminar, tienen que desplazarse entre el arroyo y la banqueta.

En este marco, las estrategias vuelven a limitar la vulnerabilidad, extremadas en mayoría por las mujeres sobre todo cuando avanza la oscuridad, se basan en la experiencia del espacio próximo; así las mujeres que llevan tiempo habitando en la colonia, eligen las rutas para desplazarse contemplando siempre la comodidad de la banqueta al caminar, así como presencia de tiendas y puestos en la calle; ya que el comercio informal –que aquí se pone entre el arroyo de la calle y la banqueta y queda abierto hasta tardas horas– complementa las fuertes carencias de iluminación pública que padece este vecindario.

**Figura 7.3.** Iluminación doble para el arroyo vehicular y la banqueta. La segunda, favorece la *camionabilidad* nocturna, en particular para las mujeres (colonia Roma Sur)



**Fuente:** Guénola Capron.

Ahora bien, en lo que se refiere a la percepción del peligro en la banqueta desde los géneros, el testimonio de un joven habitante de Santo Domingo ayuda a comprender algunas distinciones. Daniel (universitario de 30 años) comenta que también llega a sentir temor cuando sale en la noche. Sin embargo, subraya, aunque la falta de iluminación lo mantiene alerta, en ningún momento la percepción de vulnerabilidad lo lleva a modificar su atuendo, su forma de caminar, como sí lo atestiguan las jóvenes entrevistadas. Si bien la iluminación, y la consiguiente visibilidad, determina la percepción de vulnerabilidad, se trata de situaciones que en la vida cotidiana se traducen en condicionamientos muy distintos entre géneros.

También para las jóvenes de Santo Domingo, la inseguridad llega con la oscuridad, pero para las mujeres, la percepción del peligro es representada por la agresión masculina, por el acoso y las posibles agresiones sexuales en el espacio público. Así, mientras las mujeres de la tercera edad prefieren renunciar a salir a altas horas de la noche, las jóvenes, para caminar una vez que desaparece la luz del sol, ponen en juego un conjunto de estrategias que —ya sea solas o articuladas una con otra— les permitan sentirse menos vulnerables en las banquetas. Aquí la narrativa de las jóvenes da cuenta de un continuo desplazamiento entre la banqueta y el arroyo, para poder lograr el mejor equilibrio posible entre la necesidad de ver y el deseo de no exponerse a un agresor. Algunas de las jóvenes entrevistadas mencionan que consideran insegura la banqueta porque aquí los pocos faroles en funcionamiento están orientados al arroyo y no hacia la acera donde camina el peatón; por consecuencia, consideran que alguien podría jalarlas inesperadamente y prefieren caminar por el arroyo iluminado.

Ante situaciones de inseguridad, las mujeres son las primeras en movilizarse, quizás porque son madres de familia y, como lo vamos a ver más adelante, son ellas quienes cuidan más la banqueta local. En la colonia Roma Sur, en las dos calles que fueron objeto del estudio, ellas fueron quienes iniciaron el chat de vecinos en contra del robo recurrente de autopartes en la calle y pusieron una manta para alejar a los ladrones (véase capítulo 8 sobre la inseguridad). En San Martín Tepotzotlán, son las que más responden, por lo que ante la incapacidad de la autoridad local por proveer y garantizar la seguridad de sus habitantes, es la comunidad integrada por los propietarios de los negocios que conforma un comité, impulsado por una mujer, quien reacciona ante esta

inseguridad y, con una medida que desestime el delito, se organiza para la adquisición de alarmas para los negocios: “los dueños de los negocios fueron los que pagaron la instalación de las alarmas porque ya parece que el gobierno va a estar poniendo, si no te pone nada...”. Tanto en Ciudad Satélite donde las mujeres, en los años 1960-1970, encabezaron los movimientos sociales de reclamo de servicios y fueron quienes se unieron y se ayudaron para paliar la falta de comercios y equipamientos, como en la calle residencial de la colonia Roma Sur, donde las vecinas organizaban fiestas y posadas, la seguridad es el tema que hoy en día mantiene un parecer de orden vecinal.

En efecto, en la calle residencial de la Roma Sur, predomina una desconfianza entre los habitantes, viejos y nuevos<sup>10</sup>, e incluso de las dos cuadras que componen esta pequeña calle (Aguilar & Capron, 2021). Los programas Vecino Vigilante o las formas de organizarse de los vecinos frente a la delincuencia han fortalecido las relaciones y generado una mayor comunicación para mutuamente cuidarse de la inseguridad; esto lo hacen a través de un chat que les permite una comunicación rápida y segura, y en donde las mujeres son muy activas. El tema de la inseguridad contribuye en reforzar el orden vecinal, por sobre el público.

La importancia de la mirada para reconocer al extraño, entre semana, en San Martín, Tepotzotlán, en las calles residenciales de la colonia Roma Sur, Ciudad Satélite y Santo Domingo, hace de la visibilidad una cualidad del espacio próximo. La visibilidad es control de día, a la vez que, de noche, es una condición de la presencia de la mujer en las banquetas de las calles, la iluminación, volcada hacia la banqueta, dándole la posibilidad de ver y evitar las amenazas como las agresiones sexuales. La banqueta nocturna, sobre todo cuando está mal iluminada, es representada o imaginada por las mujeres como ámbito de lo público, por ser un lugar de lo desconocido e imprevisible, mientras que, de día, el orden vecinal, incluso en el centro de Tepotzotlán entre semana, cuando hay menos turistas, y en la colonia Santo Domingo, donde el comercio callejero, cerca de la estación de metro, introduce vida pública y está por encima del orden público. El orden vecinal, en este sentido, abona a la seguridad de las mujeres.

---

<sup>10</sup> Si bien no podemos afirmar que los viejos habitantes tienen un perfil más popular y los nuevos son de clase media alta, en esta calle en vía de gentrificación, la desconfianza entre antiguos y nuevos habitantes recuerda las relaciones de superioridad expresada por los viejos residentes hacia los nuevos, en la localidad de Winston Parva estudiada por Norbert Elias (1998).

### *La incomodidad de las banquetas*

En Santo Domingo, las mujeres mayores de 65 años expresan una percepción de vulnerabilidad que no deriva de eventos delictivos, sino de las características mismas de las aceras de la colonia, de su accesibilidad y comodidad al caminar: las banquetas son a menudo muy altas, y las rampas de acceso para los coches —en buena medida construidas por los mismos vecinos— resultan resbaladizas. Mary habla de su experiencia de caminar la banqueta de Santo Domingo:

Las banquetas casi no las utilizamos porque algunas están muy altas. Luego, está donde entra el coche, pues ahí es la bajada y mucha gente se accidentó en esas bajadas. En la calle que va hacia el metro hay mucho negocio: derraman agua, grasa [...]. Entonces te resbalas, aparte, las banquetas de esa avenida están llenas de negocios. Entonces, ¿por dónde caminas? A veces va una caminando por una banqueta que se ve despejada y te topas con el que vende [...] y ahí te tienes que bajar. Te vuelves a subir y más adelante están los que sacan hasta sus toldos y sus puestos de ropa, entonces te tienes que bajar [...]. También se ha caído mucha gente porque en el pavimento [...] la gente que vende encaja [unas argollas].

En San Martín Tepotzotlán, observamos la misma problemática: banquetas con alturas heterogéneas, a menudo muy altas, cuyas dimensiones, así como los materiales utilizados para su realización (cemento con algunas líneas de piedra de río, el cual en varios tramos de las banquetas se encuentra fracturado), los hoyos y baches causados por las intervenciones de las distintas dependencias, hacen que sea muy fragmentada. Cabe señalar que esta parte de la colonia San Martín tiene alumbrado público de cableado subterráneo, para el cuidado de la imagen urbana del centro histórico que busca resaltar la amplitud de la plaza virreinal y el entorno del palacio municipal, no obstante, las banquetas carecen de rampas<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Recientemente, se intervino la banqueta del mercado municipal en la que se sustituyó el cemento por cantera laminada del mismo tipo utilizada en la plaza virreinal “con la finalidad de realzar su imagen” (González Daniel, 2018), asimismo se colocaron bolardos para evitar que los vehículos se suban a la banqueta para la descarga de mercancías, aún quedó pendiente el arreglo de amplios tramos de las banquetas de toda la calle.

**Figura 7.4.** La banqueta en la colonia popular, heterogénea, fragmentada e irregular, una carrera de obstáculos para las mujeres que acompañan y hacen las compras (colonia Santo Domingo)



**Fuente:** Silvia Carbone.

El estado de las banquetas condiciona su uso y expone a los peatones, en particular a las mujeres de mayor edad y a las que cumplen tareas de cuidado (figura 7.4), a otro tipo de riesgo, ya que terminan caminando por el arroyo vehicular. Vemos, en el caso de esta banqueta de la colonia Santo Domingo, que el desajuste entre el nivel de la calle y el de la edificación condiciona la naturaleza misma de la banqueta: las escaleras facilitan el acceso a los locales comerciales, pero dificultan la caminabilidad de la acera. En Santo Domingo y San Martín Tepotzotlán, en la rutina cotidiana es común ver a mujeres que acompañan los niños a la escuela: a menudo caminan con su carrito por el arroyo sin utilizar la banqueta por lo incómodo de su diseño (en particular su altura con respecto al arroyo) y de sus materiales.

**Figura 7.5.** Mujeres caminando por la banqueta...  
o por el arroyo vehicular, Ciudad Satélite



**Fuente:** Diego Morales.

En el caso de las mujeres habitantes de Ciudad Satélite, la inseguridad percibida y la lejanía de las áreas comerciales, ha mantenido el uso del automóvil privado como medio de acceso a esos lugares, por ello las banquetas a pesar de su amplitud y atractivo diseño (están dotadas de jardines), no se usan siempre, en particular en las calles cuyo tránsito es más calmado (figura 7.5). No obstante, éstas se utilizan de manera distinta según la ubicación de la vivienda respecto a las áreas comerciales diseñadas en el proyecto original. Ana, una de nuestras entrevistadas que habita a 300 metros de la Zona Verde —una de las áreas comerciales de Ciudad Satélite—, señala que ella acostumbra ir caminando a los comercios de la zona cercana, ahí encuentra todo y a la mano. Disfruta el camino y aprovecha para hacer ejercicio:

Está iluminada [la calle]. He ido en la noche, a las ocho, nueve de la noche a la tienda, pero cuando tengo a mis nietos, no me gusta salir con ellos. Ahí sí me da miedo, pero yo sola sí ando. He ido a Plaza Satélite caminando y regresado a las ocho de la noche caminando y me siento segura. Y no, no tengo ninguna preocupación... Yo siempre que salgo a caminar o que voy a Plaza Satélite o voy a la tienda, procuro estar con tenis porque camino más rápido.

Pero para las compras semanales, Ana sí usa el auto para ir al supermercado. Las otras dos entrevistadas viven relativamente lejos de la Zona Azul, otra zona comercial de Ciudad Satélite, y prefieren utilizar su auto particular para abastecerse de lo necesario.

En la encuesta aplicada a nuestras áreas testigo de la ZMVM, los datos no arrojan una tendencia clara, aunque confirman que las mujeres son más exigentes al momento de valorar la comodidad de las banquetas con respecto a los hombres.

**Figura 7.6.** Una banqueta rota que no facilita la vida de las mujeres, una situación muy común en la Zona Metropolitana del Valle de México. Aquí, el Centro de Coyoacán



**Fuente:** Miguel Ángel Aguilar

El caso de Ciudad Satélite es significativo. Si bien hay una mejor evaluación del pavimento de la banqueta en la zona, se da una diferencia por género: mientras que el 20.5% de las mujeres considera que el pavimento de la banqueta es pésimo o malo, solo el 13.7% de los hombres lo consideran así. Las mujeres que habitan en las cercanías de las zonas comerciales llegan a pie a surtirse en estos comercios y servicios, pero se enfrentan con problemas para el uso de las banquetas. Es común que desplazarse con carriolas, sillas de ruedas o simplemente a pie sea un gran reto, en Ciudad Satélite como en las otras colonias estudiadas. En los jardines de las banquetas se sembró arbo-

lado no adecuado que con el tiempo ha levantado el concreto, convirtiendo el circular por ahí en un peligro. Los garajes de las casas generan banquetas discontinuas y peligrosas, en particular para las adultas mayores que son numerosas en Ciudad Satélite, cuya población es hoy en día muy envejecida. La señora Ana comenta: “Una vez se cayó mi mamá, se tropezó y se rompió la mano aquí enfrentito de mi casa. Ella vivía aquí al lado, y de ir de su casa a mi casa, se cayó en uno de esos desniveles”. También ahí las mujeres han tenido que recurrir a caminar por las calles para evitar accidentes. Es relativamente común ver en las calles, cuidadoras que llevan en silla de ruedas o caminando a adultos mayores. Ellas también prefieren no utilizar las banquetas y desplazarse por la calle para hacerlo con mayor seguridad.

Las banquetas, discontinuas, llenas de obstáculos de índole diversa, no facilitan la vida de las mujeres que son las principales cuidadoras<sup>12</sup>, en los vecindarios, y hacen mayor uso de los espacios de proximidad (figura 7.6). Casi en todas las colonias estudiadas, la banqueta es poco cómoda para caminar y provoca que las mujeres prefieran irse por el arroyo vehicular, al menos en los contextos donde la circulación vehicular no es intensa. En este sentido, las malas condiciones de las banquetas coartan la libertad de las mujeres de caminar en las calles.

### *El cuidado de las banquetas*

En los espacios residenciales, las mujeres son principalmente quienes se encargan de limpiar diariamente la acera en las mañanas, barriéndola y echándole agua o jabón. Los hombres no son totalmente exentos de esta tarea, pero solo cuando son empleados, encargados de un edificio, dueños de un negocio, barrenderos o “viene viene”<sup>13</sup>. En el caso de las actividades comerciales, o de los talleres que se apropian de la banqueta enfrente del propio local, como en el caso de Santo Domingo, ya sea para usarla como escaparate, o ampliar las di-

---

<sup>12</sup> El 67% de las personas que se encargan de hacer las compras son las mujeres y el 33% de los hombres, según la Encuesta Intercensal del INEGI (2015). Las mujeres dedican 25 horas semanales a atender niños y niñas entre 6 y 14 años, mientras que los hombres solo dedican 6 horas semanales (Pérez López y Capron, 2018).

<sup>13</sup> Los “viene viene” son los aparcadores de coches que cuidan los automóviles estacionados a cambio de unas monedas. Ver el capítulo 10.

mensionen del negocio, son los trabajadores<sup>14</sup> –tanto hombres como mujeres– quienes la cuidan: cada mañana limpian la banqueta, sacan las herramientas de trabajo o la mercancía a exhibir; para en la tarde, cuando se guarde todo, limpiar la banqueta. En la medida en que en los contextos populares encontramos familias ampliadas, con varios hogares que viven en el mismo lote, vemos que, si bien el orden vecinal sigue siendo a cargo de la mujer (por lo general la de mayor edad), las tareas son distribuidas entre los miembros de la familia que no trabajan, ya sean las mujeres de la familia (madres y abuelas), así como un abuelo. La presencia de las mujeres en la colonia popular se enmarca en buena medida en el orden consuetudinario promovido por los fundadores, que en el espacio próximo logra afirmarse sobre el orden institucional.

En este contexto, las mujeres protagonizan la transición entre lo íntimo del hogar y lo comunitario del vecindario, haciéndose cargo del cuidado de los altares construidos en la acera, y participando en las celebraciones de los Santos o en las visitas de las imágenes religiosas.<sup>15</sup> En San Martín Tepetzotlán son los trabajadores de los comercios, hombres y mujeres, los que cotidianamente barren y mantienen limpias las banquetas para recibir a los clientes, según señala Estela (empleada de comercio de postres): “todos los días barremos y lavamos las banquetas porque el servicio de limpia llega alrededor de las trece horas lo que es muy tarde, para esa hora los clientes llegaron a comprar”. En Ciudad Satélite, es raro ver a un hombre barriendo y regando su banqueta, solo aquellos que son los trabajadores domésticos, que en la zona de Satélite abundan<sup>16</sup>. En las colonias Roma Sur y Ciudad Satélite, donde predominan

---

<sup>14</sup> Aunque, a menudo se trata de trabajadores que son miembros de la familia ampliada.

<sup>15</sup> En ocasión de las visitas de imágenes religiosas, se realiza un recorrido por el vecindario de la casa originaria a la que hospedarán la imagen: los hombres acompañan el trayecto avisando con petardos cuando pasa la imagen; mientras que las mujeres, jóvenes y niños, acompañan a la pequeña procesión bailando y vestidos de Chinelos. Cuando la imagen llega a la nueva casa, con la familia que la hospedarán, la familia coordinada por la mujer de mayor edad se encarga de ofrecer un refrigerio a los vecinos, mismo que se sirve en la banqueta frente a la casa. En estas ocasiones, en las que los cargos de las celebraciones religiosas tradicionalmente son asignados a hombres, mujeres y niños se apropian de la calle gracias al subterfugio de sus máscaras. En cambio, cuando la familia recibe la imagen religiosa, las mujeres son las protagonistas que acogen a los feligreses en la banqueta.

<sup>16</sup> En Satélite, hay un grupo de hombres y mujeres indígenas que son trabajadores domésticos. La mayoría se conoce, e incluso tienen el control de la zona, no cualquiera puede llegar a pedir trabajo. Proviene de Oaxaca de la zona mazateca. Este grupo tiene más de 30 años laborando en Satélite y sus alrededores.

los hogares nucleares, las mujeres que trabajan y tienen los recursos económicos para pagar a una empleada, lo delegan a ellas, como suelen delegar el pasear al perro de la casa de día (figura 7.7).

**Figura 7.7.** Empleada paseando al perro de sus patrones en la colonia Roma Sur



Fuente: Miguel Ángel Aguilar.

**Figura 7.8.** Banquetas cuidadas por familias fundadoras y recién avecindados, Santo Domingo



Fuente: Silvia Carbone.

La tarea de cuidar la banqueta y mantenerla limpia es una actividad principalmente femenina que reproduce la división sexual del trabajo y hace de las mujeres las cuidadoras de la banqueta, de la misma manera que cuidan su hogar. El hecho de que la limpieza sea cosa principalmente de mujeres hace que, en varias alcaldías (figura 7.9, aquí en la alcaldía de Coyoacán) haya cuadrillas de mujeres contratadas por la alcaldía que limpian el arroyo vehicular y las banquetas.

La señora Emma, una adulta mayor, viuda y que vive en la colonia Roma Sur, sostiene que

es bonito tener la calle limpia por los niños, cuando mis hijos eran chicos, salían a jugar a la calle. ¿Cómo íbamos a dejar, las mamás, la basura en la calle, si nuestros hijos salían a jugar? Limpiar la calle tenía que ser una labor de madre, un deber para ellos, nuestros hijos nos motivaban para tenerles limpias la calle, no había tanto coche como ahorita (Castillón, 2018).

El papel de cuidadora de los niños se vincula con el papel de cuidadora de la banqueta. Martha, madre de dos hijos menores de 10 años, quien es residente de la misma colonia, se refiere a su banqueta ideal como una donde los niños puedan jugar (antes jugaban en el arroyo vehicular):

Mi banqueta ideal es la que construyeron en Jalapa, es ancha, es segura, es lisa, me parece muy padre, o sea se ve limpia, se ve, puedes caminar, los niños pueden andar en bici y en patines, o sea, quedó muy bien, no tiene baches, no tiene rampas, no tiene, o sea siento que la hicieron así súper bonita, la unificaron muy bien, la organizaron muy bien, tiene organizado hasta, tiene una escuela ahí entonces tiene como unas islitas para bajar y subir gente y no hacer tráfico, a mí esa banqueta o esta calle me encanta.

**Figura 7.9.** Mujeres (empleadas del gobierno de la Ciudad de México) limpiando la calle en el Centro de Coyoacán



**Fuente:** Miguel Ángel Aguilar.

Elena considera que a la mujer le toca esta actividad. La señora Emma limpia la mitad de la acera de su cuadra, hasta la esquina que nadie cuida porque hay un muro ciego y siempre está sucia (figura 7.10). También repetidamente lo son las raíces de los árboles donde desconocidos, tal vez transeúntes nocturnos o vecinos anónimos que no están presentes en las mañanas cuando pasa el camión de basura, dejan bolsas o botellas de cerveza. Según Aldo, un vecino mayor de esta calle residencial, ellas “son más limpias, ellas las limpian más que los hombres, le echan agua y usan escobas” (Castillón, 2018). Lo mismo dice el hijo de la señora Bertha, quien pone el énfasis en la representación de que los hombres ensucian y las mujeres limpian:

yo creo que la mujer es la que tiende a ser más limpia, un hombre no me refiero aquí, sino en general, creo que es más limpia en ese, el hombre, pues fuma un cigarro y lo tira, lo he visto, no es de que, estoy fumando, lo tiro en un cenicero, lo tiran en la calle, ¿no? Aunque ahora también es la mujer la que más fuma en la calle, pero yo lo veo más en el hombre que lo tira donde sea.

Él especifica que, sin embargo, su papá y su mamá barren diario la banqueta y limpian las coladeras, pero su madre lo corrige, aclarando que ella lava la banqueta cuando hay vómitos y heces. A ella le toca el trabajo sucio.

**Figura 7.10.** Basura en la esquina, una fuente de malestar. Quienes barren más y recogen lo sucio en los espacios residenciales son las mujeres. Roma Sur



Fuente: Miguel Ángel Aguilar.

También son principalmente las mujeres las que se encargan de cuidar los arbustos y flores fuera de su domicilio que, muchas veces, ellas mismas plantaron para embellecer sus casas y la calle, como en el caso de Santo Domingo. En Ciudad Satélite, el diseño del arbolado y las plantas, las siembra un jardinero bajo la solicitud de las patronas. Abril, la encargada de una pizzería en la calle residencial de la colonia Roma Sur, empezó a decorar la banqueta que ocupa parcialmente su local (siempre respetando el paso de los transeúntes) con plantas que, a veces, las propias vecinas le regalaron. La señora Emma está orgullosa de sus flores que riega todos los días. La señora Rocío, quien tiene una tienda de compraventa de ropa sobre otra calle, de usos mixtos, en

la Roma Sur, negoció con la Delegación para poner un jardín con plantas y banca en la banqueta para “tener oxígeno, tener sensibilidad” y permitir que la gente se siente, como servicio a los transeúntes y para generar vida social (figura 7.11). Asimismo, en Santo Domingo, el mantenimiento de los altares distribuidos en cada cuadra es ocupación doméstica y femenina, aunque se inserta en el ámbito de las actividades de reproducción de las familias ampliadas características del contexto popular.

**Figura 7.11.** Jardín cuidado por la dueña de un negocio en la calle de Tonalá, Roma Sur



**Fuente:** Miguel Ángel Aguilar.

No quiere decir que los hombres no lo hagan: Aldo también se dedicó a embellecer su pedazo de banqueta instalando una banca y una jardinera de cerámica (Castillón, 2018). Pero son las mujeres quienes mantienen el orden: por un lado, aseguran la limpieza de la banqueta y la embellecen; por el otro, mantienen la seguridad. Muchas de ellas, pero no todas, son garantes del orden moral vecinal –estacionarse donde se debe, cuidar que no haya gente vaga en la banqueta– en el sentido de Douglas, siendo los ojos en la calle durante el día (2007).

En todo caso, las mujeres son las que hacen el vínculo entre el orden doméstico, el ámbito íntimo, y son tradicionalmente encargadas de mantener (el cuidado de la casa, de los niños, las relaciones familiares, amistosas) y el orden vecinal, el ámbito colectivo que ellas contribuyen en construir. Cuidan las banquetas como lo hacen para el interior de sus hogares. Si bien los hombres también pueden ocuparse del mundo íntimo (por ejemplo, podemos pensar que en algunos casos en la colonia Roma Sur, cocinan o cuidan a los niños, ya que, sobre todo en las clases media y alta, la repartición de las tareas domésticas evoluciona), no lo traen a la calle como las mujeres. Ellas trasladan a las banquetas las noticias del interior de sus casas (los decesos, los robos a casa-habitación, etc.), cuidan que coches ajenos no se estacionen en la banqueta fuera de la casa y mantienen la vida colectiva de la calle. En este caso, en las banquetas, el orden vecinal está subordinado al orden íntimo. Sin embargo, las mujeres con un nivel socioeconómico más alto y/o que laboran fuera de sus casas, están mucho menos presentes en las banquetas y prefieren evitar interferir con las historias de los demás, lo que muestra una evolución hacia una manera moderna de vecindarse, más marcada por una “cordial ignorancia” (Charmes, 2005).

*La sociabilidad, la presencia de las mujeres  
en las banquetas y la relación con la otredad*

Para Suzanne Keller (1975) ser un *buen vecino* (o aquí, una buena vecina) depende de la importancia que se le asigne al rol: lo que un-a buen-a vecino-a debe hacer depende de valores y preferencias específicas; el considerarse buen-a vecino-a depende de la importancia que una comunidad le dé a los servicios y apoyos que se prestan mutuamente entre vecinos. En un territorio de clase media, es normal no pedir ayuda a los(as) vecinos(as) como sí sucede en colonias populares, en las que a partir de estos vínculos se generan fuertes relaciones vecinales. Así lo expresa Keller (1975: 28): “Donde la necesidad de estos servicios es grande y, por tanto, la contribución de los vecinos es indispensable e irremplazable, el rol está rígidamente definido y anclado firmemente en costumbres y hábitos locales”. No obstante, y a su manera, los primeros habitantes de Satélite construyeron una comunidad que podríamos catalogar como barrio, si entendemos por éste un espacio de encuentro en

donde se han determinado tipo de relaciones sociales, de amistad, de apoyo y de proximidad. En sus primeras décadas no era común encontrar a las amas de casa en la calle para ir a realizar sus compras, las distancias eran grandes, los núcleos comerciales diseñados aún se encontraban vacíos, entonces el uso del automóvil para acceder al Centro Satélite era lo más común. Pero las calles y banquetas eran ocupadas por los niños y jóvenes que jugaban con la seguridad que tenía el espacio compartido, vigilado por las madres de familia y con un escaso paso de automóviles. Así lo recuerda una entrevistada:

Se cerraba la calle y nuestras mamás organizaban la posada, una vez hasta un burro trajeron para subir a la Virgen y pasearla por toda la calle. Todos los niños la pasábamos increíble, nuestros papás contrataban música y, en ocasiones, hasta baile hubo... Esto se repitió por muchos años, incluso, ya casada, viví a unas casas de mi mamá y mis hijas asistían a la posada y la pasaban muy bien (Ana, Ciudad Satélite).

El envejecimiento poblacional, la movilidad residencial y la inseguridad vaciaron parcialmente las calles de Ciudad Satélite, al menos fuera de las zonas comerciales y en las horas de trabajo y por las noches (figura 7.12), ya que, por las mañanas, es común encontrar en algunas calles, a gente paseando a sus mascotas, corriendo o simplemente caminando para hacer ejercicio. Sin embargo, en otras colonias, la percepción de inseguridad no impide que las mujeres ocupen las banquetas de su calle. En la pequeña calle residencial de la colonia Roma Sur, donde los transeúntes foráneos son fácilmente reconocibles y son una fuente de temor y sospecha para algunos vecinos, ellas se ponen a platicar con las vecinas, existe cierta cordialidad, a pesar de que las más antiguas dicen que antes era todo más tranquilo, un discurso nostálgico propio de las memorias del pasado. Si bien no todas lo hacen, las mujeres de la calle residencial de la colonia Roma Sur, sobre todo las de clase media que tienen trabajo no remunerado o un empleo en su casa, chismeán en la banqueta, intercambian las noticias del día, sacan al perro. Cuando tienden a ser invisibilizadas en el espacio público, son más visibles en la calle donde residen, lo que contribuye a la vecinalidad del ámbito urbano.

En el caso de la calle residencial de la colonia Roma Sur, no podemos hablar propiamente de un ámbito público —pasan pocos transeúntes y los que no tienen los comportamientos “normales” de transeúntes o cuyas aparien-

cias son “dudosas” son sospechosos de ser posibles delincuentes—; tampoco es un ámbito meramente vecinal —por la desconfianza que permea las relaciones entre los vecinos—. La dimensión privativa del orden está muy presente, en particular en relación con los conflictos tácitos de estacionamiento o por el sentido de apropiación material y simbólica que hacen los vecinos, en particular las vecinas, de *su* banqueta, a través de sus prácticas de cuidado. El orden íntimo domina el orden vecinal y está en tensión con el orden público. En algunos casos, las mujeres que se quedan en casa cuidan que coches ajenos no se estacionen frente a su casa, en particular cuando no utilizan los botes que sirven para apartar su lugar, negociando con las personas que se atreven a hacerlo y a veces generando conflictos.

La relación con la “otredad” —lo ajeno y desconocido, lo anónimo— toma forma desde premisas muy distintas en Santo Domingo que en la colonia Roma Sur y Ciudad Satélite. La legitimidad de la mujer en la banqueta, y por lo tanto su aportación en el orden local, refiere a la actividad que allí desempeña. Si bien en las calles y banquetas de Santo Domingo observamos una intensa presencia de las mujeres, se debe a que trabajan en el espacio público, sobre todo de manera informal, que se hacen cargo de los deberes domésticos (acompañar a los niños, hacer el mandado, preparar la comida...), utilizando para ello el espacio de proximidad. Sin embargo, si hablamos de diversión, su visibilidad es reducida: en las reuniones en la calle para tomar (o en las “chelerías<sup>17</sup>” informales que se ponen entre la banqueta y el arroyo de la calle) es muy raro contar con la presencia de una mujer y, cuando sucede, ello se justifica porque acompaña a su pareja (Carbone, 2016)<sup>18</sup>. En este orden de ideas, en San Martín Tepotzotlán, a pesar de que muchas más mujeres que hombres, como en la colonia Roma Sur, utilizan la banqueta para ir al trabajo, a la escuela y a casa, es decir, principalmente en el marco de sus rutinas cotidianas que realizan en el espacio local (62.5% de mujeres *vs.* 41.7% de hombres), las mujeres, ya sean estas trabajadoras o usuarias, trabajan y habitan el espacio público y la banqueta por lo general acompañadas.

---

<sup>17</sup> La “chela” es la cerveza; las “chelerías”, los lugares donde se vende cerveza.

<sup>18</sup> Estas prácticas apenas están cambiando, a raíz de la población universitaria que renta en esta colonia popular; son las estudiantes de la UNAM, las jóvenes mujeres que ocasionalmente logran revertir esta forma de dominación.

**Figura 7.13.** El mercado municipal de San Martín Tepotzotlán



**Fuente:** Ma. Concepción Huarte Trujillo.

El comercio, sea a través de las prácticas de compras, vinculadas a su papel como cuidadoras (ir a hacer el mandado), o a través del empleo que ocupan las mujeres que venden en los locales en la vía pública, como en el caso de Santo Domingo cerca de la estación de metro, confiere legitimidad a la presencia de las mujeres en las banquetas y les da visibilidad. Se ven mujeres con su carrito o su bolsa de compras. El mercado, lugar que genera interacciones sociales públicas, permite que orden comunitario y público se entretrejan. En el Pueblo Mágico de Tepotzotlán, el mercado municipal, localizado sobre la avenida Adolfo López Mateos, es muy concurrido por las mujeres (figura 7.12). El caso del mercado Melchor Ocampo de la Roma Sur es un poco diferente: por sus altos precios, signo de la gentrificación, tanto del mercado como de la colonia, muchas mujeres de clase media prefieren no ir. En Santo Domingo, las mujeres se encargan de vender y manejar los puestos, atendiendo a los clientes a la vez que cuidan de los niños.

En las calles de esta colonia, los espacios internos al lote, supuesta esfera privada, también se pueden usar para comercio en ciertos horarios o, al revés el uso de la banqueta para actividades laborales, la banqueta siendo la interfaz entre los ámbitos privados, vecinal y público. Donde hay mayor comercio y flujo de personas, domina el reino de lo público sobre los otros reinos. Las mujeres parecen aportar elementos de los ámbitos vecinal e íntimo, que aquí dialogan con lo público. Las mujeres en la banqueta de la colonia popular integran actividades domésticas y de socialización, alternando interacciones íntimas, con lo comercial y público (figura 7.13). Ocupan la banqueta practicando alguna actividad admitida desde la asignación de género. En la mesa, que funciona como barra para exponer las mercancías, los objetos a la venta parecen proponer la misma hibridación de objetos y categorías, así podemos reconocer artículos como cubrebocas, un termo para tomar y vender café de olla, caramelos, ropa tejida, etc. También reconocemos burbujas de interacciones de orden vecinal, cuando, por ejemplo, una comerciante que vende comida en un puesto atiende tanto a clientes desconocidos, en el marco de interacciones anónimas, pero también a sus vecinos con los cuales entabla pláticas de argumentos cotidianos. En estas situaciones podemos apreciar cómo la mujer en la banqueta de la colonia popular participa en la producción de un ámbito híbrido, donde coexisten elementos de los tres reinos mencionados.

**Figura 7.13.** Mujeres tejiendo, reunidas alrededor de un pequeño puesto. Santo Domingo



Fuente: Silvia Carbone.

Por otra parte, otro factor que condiciona la presencia de la mujer en la banqueta de las colonias populares es la apropiación del espacio por los hombres y su sobre-representación (Fraser, 1990); por ejemplo, en Santo Domingo, cuando, después de terminar la jornada laboral, los trabajadores de un taller se reúnen para tomar una cerveza en la banqueta. En estos casos, el espacio de la banqueta resulta apropiado física y simbólicamente por la figura masculina.

Paola comenta que cuando lleva a pasear a su perro suele caminar sobre la banqueta; pero si va sola y encuentra un grupo de hombres reunidos, prefiere bajar de la acera, para no interrumpirlos. El perro, en este caso, se vuelve una especie de muleta de la mujer que le da legitimidad de negociar su presencia en el espacio público, pero bajo ciertas condiciones. Para una mujer que camine en la colonia popular, donde los antros y lugares de diversión y relajamiento son casi inexistentes, esta situación, evidencia la dominación simbólica a la que son sujetas las mujeres en el espacio público. Desde la infancia reconocemos diferencias de género en la forma de experimentar el espacio público y la banqueta, por lo que la familiaridad con la que el género masculino ocupa la banqueta hace manifiesta una comodidad que las mujeres no experimentan; estas disposiciones, al encontrarse incorporadas (como en el *habitus* de Bourdieu, 2007), implican la incomodidad de interrumpir la plática de los hombres, a pesar de que no se le ponga a discusión. Por otra parte, el hecho de cruzar una banqueta apropiada momentáneamente por hombres, expone la mujer a la mirada ajena, a recibir comentarios inoportunos, y a la reducción de su espacio mínimo personal (Hall, 2003), lo que acrecienta su vulnerabilidad.

## CONCLUSIONES

Si bien las aceras son percibidas como inseguras por las mujeres por los riesgos de acoso y agresión sexual que conllevan, sobre todo de noche, cuando las calles de las colonias estudiadas dejan de ser el entorno comunitario que son de día para exponerlas a desconocidos potencialmente peligrosos, éstas son un ámbito local donde se mezclan orden íntimo, orden vecinal y, en ciertos contextos, donde predomina el uso comercial callejero, el orden público.

Por un lado, observamos una retracción, sobre todo por las noches, cuando el reino vecinal vira hacia lo público, abierto a lo desconocido y a la incertidumbre de los encuentros inesperados. La falta de iluminación, así como el estado pésimo de las banquetas, limitan la libertad de circulación de las mujeres en las calles, obligándolas a bajarse al arroyo vehicular. Esa percepción de inseguridad tal vez explica también por qué ellas tienden a organizarse e intervenir frecuentemente para proponer soluciones, lo que participa del orden vecinal. Por otro lado, las aceras del espacio próximo albergan las prácticas de las mujeres: cuidar a los hijos que juegan, cuando se puede, ir a hacer las compras, platicar con las vecinas en particular en colonias en transición, como la Roma Sur. En las calles residenciales predomina esta visión de una banqueta femenina, cuidada por las mujeres, muy anclada en las divisiones tradicionales de género, en particular en las personas de edad más avanzada, sin embargo, con variaciones según las colonias. En las colonias populares, la presencia de la mujer en la banqueta se debe a su rol como cuidadora, compradora o comerciante.

Las categorías de clase media/popular y de pueblo/ barrio/ colonia popular/fraccionamiento nos han ayudado a caracterizar a los vecindarios analizados: esclareciendo las declinaciones que encontramos en contextos como la colonia Roma Sur, o el fraccionamiento de Satélite, habitados respectivamente por sectores medio, medio-alto, donde muchas empleadas domésticas suelen hacer el trabajo de limpieza de las aceras; frente a las prácticas que cualifican el contexto popular de Santo Domingo, con numerosas familias ampliadas viviendo en el mismo lote, donde las tareas de cuidado son repartidas entre los miembros de la familia que no trabajan; o, en el pueblo de Tepotzotlán, donde predominan comercios cuyos empleados limpian las banquetas. También relevamos diferencias de acuerdo con los vecindarios, tanto en las intervenciones de mantenimiento de las banquetas, como en la cualidad del mobiliario, llegando los arreglos materiales a incidir de manera importante en la experiencia de las mujeres, por ejemplo, por lo concerniente a las condiciones de iluminación nocturna de la colonia popular, que son peores que en los otros vecindarios.

Por último, evidenciamos el papel que puede tener la inseguridad como factor de cohesión comunitaria. Desde ahí comprendemos cómo, en Santo Domingo, donde sigue habitando buena parte de las familias fundadoras, la

inseguridad representó un factor de organización que sentó las bases de la comunidad, la cual sigue apoyándose a la misma estructura de orden comunitario y vecinal; mientras que, en la colonia Roma Sur o en Satélite, debido a los cambios poblacionales en la primera, y el envejecimiento de los habitantes originarios en la segunda, la inseguridad nuevamente constituye una problemática que articula a los vecinos en el marco de la afirmación del orden vecinal por sobre los otros, pero sin sobrellevar cierta desconfianza mutua que permea la visión de las vecinas de su espacio próximo. Por ser madres de familia, ellas se implican mucho en la organización de los vecinos frente a la delincuencia.

Las mujeres son quienes traen a la calle el orden íntimo de la vida familiar, de la casa, la banqueta constituyendo una suerte de extensión de ésta, aunque siempre en contacto con la vida vecinal. Al estar tal vez más presentes y visibles que los hombres en los espacios públicos locales, ellas como cuidadoras, tanto en las colonias adineradas, como en las colonias populares y en los pueblos, hacen que el ámbito íntimo permee las banquetas de la calle, rompiendo las dicotomías entre lo privado y lo público. A su vez, también en las banquetas donde priman las interacciones comerciales y el ámbito público se afirma, las mujeres aportan interacciones del orden íntimo y vecinal. Aunque, particularmente en el caso de la colonia popular y del pueblo conurbado, observamos que la legitimidad de la mujer en el espacio público queda condicionada a prácticas y actividades específicas, siendo él de la diversión en público uno de los ámbitos donde menos logra afirmarse; y a diferencia de las mujeres en las banquetas de las calles residenciales como en la colonia Roma Sur, que no solo participan de la configuración material y los usos admitidos en la banqueta, sino que son reconocidas como cuidadoras del orden moral, además del hogar y el espacio próximo.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilar, M. A. & Capron, G. (2022). “La banqueta insegura en una colonia en vía de gentrificación: la construcción de los otros desde las relaciones vecinales”. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 3(111).

- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bondi, L. (1999). "Embodied Discourse: on gender and fear of violence". *Gender Space and Culture*, 6(1), 67-84.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI.
- Carbone, S. (2016). *El espacio público de una colonia popular: re-significaciones desde los contextos urbanos. El caso de Santo Domingo de los Reyes, Coyoacán*. Tesis de doctorado en Sociología. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Castillón, V. (2018). *Género y ciudad: habitar, uso y apropiación del espacio por parte de las mujeres en una calle residencial de clase media alta, la colonia Roma Sur de la CDMX*. Tesina de licenciatura en Sociología. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Charmes, E. (2005). "Entre ouverture et fermeture: les rapports à autrui dans les tissus périurbains" en Haumont, B. & Morel, A. (ed.), *La société des voisins. Partager un habitat collectif*. Paris: Maison des Sciences de l'Homme, 109-121.
- Dammert, L. (2007). "Entre el temor difuso y la realidad de la victimización femenina en América Latina" en Falú, A. M. & Segovia, O., *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres. Debates para la construcción de propuestas*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Douglas, M. (1966 [2007]). *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Duhau, E. & Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI Editores/ Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Eliás, N. (1998). "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados" en *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 79-138.
- Falú, A. M. (2014). "El derecho de las mujeres a la ciudad. Espacios públicos sin discriminaciones ni violencias". *Revista Vivienda y Ciudad*, 1, 10-28.
- Fernández Ruiz, L. (2008). "Género y ciencia. ¿Paridad es equidad?". *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXIV(733).

- Fraser, N. (1990). "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy". *Social Text*, 25/26, 56-80.
- Gallino, L. (1993). *Dizionario di sociología*. Milán: UTET.
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Ciudad de México: UAM Iztapalapa, Anthropos.
- Giglia, A. (2016). "Reglamentos y reglas de usos de la Alameda Central de la Ciudad de México: un régimen híbrido" en Azuela, A. (coord.), *La ciudad y sus reglas. Sobre la huella del derecho en el orden urbano*. México: UNAM/ PAOT, 381-422.
- Goffman, E. (1973). *Les relations en public*. París: Minuit.
- Jacobs, J. (2011 [1961]). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.
- Hall, E. T. (2003 [1966]). *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI.
- Hernández González, E. & Carbone, S. (2021). "Peut-on parler de droit à la ville, pendant la nuit? L'exemple de deux quartiers mexicains". *Cahiers de géographie du Québec* (en prensa).
- Keller, S. (1975). *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*. México: Siglo XXI.
- Koskela, H. & Pain, R. (2000). "Revisiting fear and place: women's fear of attack and the built environment". *Geoforum*, 31, 269-280.
- Lefebvre, H. (2017 [1968]). *El derecho a la ciudad*, Madrid: Capitán Swing.
- Lofland, L. (1998). *The Public Realm: Exploring the City's Quintessential Social Territory*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Lofland, L. (2009). "Social life in the public realm". *Journal of Contemporary Ethnography*, 17(4), 453-482.
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Cátedra.
- Maya, R. (2020). *Cómo habitan las mujeres el espacio público en contextos inseguros. El caso de la Roma Sur*. Tesis de maestría en Planeación y Políticas Metropolitanas. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Monnet, J. (2009). "La urbanización contemporánea, los desafíos de un mundo fluido y difuso". *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 106, 21-31.
- Monnet, J. (2011). "La interpretación del mundo, de la representación a la acción: una mirada desde la geografía francesa" en Capron, G., Icazuriaga Montes, C., Levi, S., Ribera Carbo, E. & Thiébaud, V. (coord.), *La geogra-*

- fa contemporánea y Elisée Reclus*. México: Publicaciones de la Casa Chata, 135-159.
- Pérez Toledo, S. (2011). *Trabajadores, espacio urbano y sociabilidad en la Ciudad de México. 1790-1867*. México: Porrúa.
- Pérez López, R. & Capron, G. (2018). “Movilidad cotidiana, dinámicas familiares y roles de género: análisis del uso del automóvil en una metrópoli latinoamericana”. *Quid* 16, 10, 102-128.
- Poniatowska, E. (2000). “La invasión del Pedregal de Santo Domingo (primera parte)”. *La Jornada*, 21 de octubre. Recuperado en septiembre de 2020 en <https://www.jornada.com.mx/2000/10/21/05aa1cul.html>
- Salazar, C. (1999). *Espacio y vida cotidiana en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Simmel, G. (2002 [1917]). *Cuestiones Fundamentales de Sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Soto Villagrán, P. (2013). “Repensar las prácticas espaciales. Rupturas y continuidades en la experiencia cotidiana de mujeres urbanas de la Ciudad de México”. *Revista Latino-Americana de Geografía e Género*, 4(2), 2-12.
- Soto Villagrán, P. (2014). “Patriarcado y orden urbano. Nuevas y viejas formas de dominación de género en la ciudad”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 19(42), 199-214.
- Soto Villagrán, P. (2016). “Re-pensar el hábitat urbano desde la perspectiva de género. Debates, agendas y desafíos”. *Andamios*, 13(32), 37-56.
- Staples, A. (2008). “Sociabilidad femenina a principios del siglo XIX mexicano” en Melgar, L. (coord.), *Persistencia y cambio: acercamientos a la historia de las mujeres en México*. México: El Colegio de México, 99-119.
- Valentine, G. (1989). “The geography of women’s fear”. *Area*, 21(4), 385-390.
- Valentine, G. (1990). “Women’s Fear and the Design of Public Space”. *Built Environment*, 16(4), 288-303.
- Walby, S. (1990). *Theorizing Patriarchy*. Cambridge. Massachusetts: Basil Blackwell.
- Zamora, R. (2010). “Lo doméstico y lo público. Los espacios de sociabilidad de la ciudad de San Miguel de Tucumán a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX”. *Revista Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. Recuperado el 10 diciembre 2020 en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/58257>